

Cartas de juventud de Antoine de Saint-Exupéry: una práctica de la seducción contra la soledad

M^a del Pilar Saiz Cerreda
Universidad de Navarra

El deseo de comunicación es algo inherente a cualquier persona y por eso siempre se ha puesto de manifiesto la dimensión relacional del hombre. La necesidad de salir de sí para buscar al otro es algo que se ha constatado desde los inicios de la humanidad. Una prueba de ello lo demuestra la práctica de la escritura, y en concreto de la escritura de cartas. Los primeros testimonios escritos datan de épocas muy antiguas, bastantes siglos antes de Jesucristo y en culturas tan antiguas como la de los acadios, los asirios o los sumerios, allá por los siglos XIX y XVIII a. de C. Poco a poco, y a medida que otras civilizaciones iban descubriendo la escritura, la práctica de la correspondencia se fue extendiendo. Si bien en principio los motivos de las cartas fueron los comerciales, éstos se fueron personalizando con el tiempo hasta llegar a un tipo de correspondencia personal, más familiar, cuyo ejemplo más característico es la de Cicerón, en la época antigua.

Ahora bien, escribir una carta, por muy personal que fuera, no estaba exento de dificultades. Su elaboración estaba fuertemente marcada por determinadas pautas, como el decoro, la sujeción a un estilo determinado (sublime, mediocre o sencillo) como prescribía la retórica clásica, según el tipo de destinatario a que fuera dirigida y otras normas varias, procedentes de esta disciplina y de la elocuencia, que gozaban de gran prestigio en la época. Aun cuando la imaginación y la libertad estuvieran presentes en este momento en la redacción de las cartas, con el tiempo, la escritura epistolar llegó a sufrir un auténtico encorsetamiento de normas y usos que debían observarse escrupulosamente, dejando relegada la libertad de la escritura. En el siglo XVIII, y ya antes, con Madame de Sévigné en el XVII, la irrupción del yo que reclamaba su autenticidad, afectó de lleno a la escritura epistolar, hasta llegar a lo que hoy entendemos como escritura familiar, correspondencia personal e íntima. En ésta la libertad de temas es total, el tono que se emplee irá variando en función de los destinatarios de las cartas, lo mismo ocurrirá con el registro lingüístico empleado, etc.

Sin embargo al tratarse de una práctica de escritura con tantos siglos de existencia, el peso de la tradición no ha desaparecido por completo y conserva aún vestigios que es importante tener en cuenta, pues de eso dependerá la comprensión que hagamos de las mismas. Este peso de la tradición no es otro que el de la retórica que tanto ha marcado su composición. Angelo Marchese, así como Joaquín Forradellas, explican que, para Sócrates, la retórica es el arte de la palabra, que es creadora de seducción o persuasión, pero de una persuasión que produce una creencia, no una persuasión que instruye sobre lo justo y lo injusto. Si alguna finalidad caracteriza a la retórica es precisamente ésta, su capacidad de servirse de la lengua –con su poder de sugestión y de emoción– para convencer a un auditorio y obtener su aquiescencia (MARCHESE; FORRADELLAS, 1997: 348-349). En definitiva para seducir. Y Georges Molinié, haciendo alusión a la definición que de la retórica realizan Aristóteles y Quintiliano, para quienes esta disciplina es “la faculté de définir par l’esprit ce qui, sur toute donnée, peut persuader”, comenta que la persuasión consiste en “agir sur les destinataires du discours, pour leur faire avoir une opinion, pour leur faire éprouver un sentiment, pour leur faire ressentir une volonté” (GRASSI, 1998: 32). Por tanto las palabras que pueden definir la retórica son precisamente las de la persuasión o la seducción, como atestiguan autores tan distintos y distantes en el tiempo y actúan en todo proceso escritural.

Evidentemente la acción de seducir o de persuadir, tal como ha apuntado Molinié, se manifiesta de múltiples maneras, incitando al receptor a adoptar una opinión determinada, haciéndole partícipe de un sentimiento concreto en el que él quede implicado o moviéndole a actuar en una dirección precisa, tal como apunta el emisor del mensaje. En definitiva es lo que Grassi resume en la fórmula “plaire, émouvoir, instruire” (GRASSI, 1998: 33). Así pues, la seducción del emisor sobre el receptor se produce en el momento en que intenta realizar cualquiera de estos movimientos, por mínimo que sea. Ya se trate de transmitir una información, ya sea comunicar un sentimiento, o de hacerle partícipe de cualquier otro aspecto, por muy sutil que sea, todo ello es herencia de la retórica, que se sirve de la fuerza elocucionaria del lenguaje¹.

Ahora bien, la seducción no es exclusiva o no se ejerce tan sólo a través de la práctica escrita sino que es algo perteneciente al ámbito de la comunicación en general. De hecho, la misma finalidad de persuadir lleva implícita la idea de comunicación y contacto con el otro. Para persuadir, el emisor de un mensaje necesita como premisa previa iniciar un acercamiento a otra persona y establecer, por tanto, un intercambio, un principio de comunicación. No es extraño, entonces, que las definiciones que han intentado sistematizar la esencia de una carta

1. Es decir que si la retórica tiene ese poder, se debe precisamente, a este poder o capacidad del lenguaje. Los estudiosos de las funciones del lenguaje, como es el caso de Jakobson, también lo han considerado.

insistan en su dimensión comunicativa. Así, según Miriam Álvarez, es la carta “la forma más sencilla de comunicación entre un yo y un tú, mediante la que se transmite de forma personal, y a veces confidencial, una información a un receptor que está ausente” (ÁLVAREZ, 1997: 11). Por tanto la escritura de una carta supone un acto comunicativo, locutorio, perlocutorio o ilocutorio, por lo general, en que los actantes no se encuentran en presencia y por consiguiente, motivado por la distancia y la ausencia y donde el tiempo se inscribe en el discurso. Y Grassi también lo ratifica con los siguientes términos:

Comparable à nul autre, la lettre est un texte à part qui présente une spécificité. C’est un acte de communication à distance, daté, circonstancié, ancré dans une chronologie discursive. C’est aussi une écriture qui, à sa manière, avec ses codes, recrée la réalité (GRASSI, 1998: X).

El hecho mismo de la transmisión de un mensaje, en nuestro caso bajo la forma de carta íntima, nos lleva a plantearnos el porqué de la escritura, o más bien el para qué de la escritura, las razones que llevan a una persona a iniciar este proceso escritural. No se trata de una cuestión innecesaria. Antes al contrario, se trata de un asunto sobre el que se han preguntado autores, estudiosos y críticos. Por eso las respuestas son numerosas. Pero sin embargo, aun siendo tan amplio el abanico de respuestas a tal pregunta, existe un consenso generalizado en un punto y es el que se refiere a la soledad. Jean-Philippe Arrou-Vignod es muy explícito a este respecto y dice que “la lettre naît de l’absence et de la solitude” (ARROU-VIGNOD, 1993: 29). En el mismo sentido se expresan Javier del Prado Biezma, Juan Bravo Castillo y María Dolores Picazo, para quienes la carta es “una ruptura de la soledad” (PRADO BIEZMA; BRAVO CASTILLO; PICAZO, 1994: 244). También Andrés Trapiello es de la misma opinión y coincide con los anteriores, pues para él, escribimos “porque estamos demasiado solos” (TRAPIELLO, 1998: 23). Luego la soledad no es asunto trivial, sino más importante de lo que pueda parecer en un primer análisis. Es ésta la que propicia el inicio de una correspondencia.

En efecto, si la capacidad de persuasión del lenguaje es ilimitada, a través de sus múltiples manifestaciones; y si la soledad es un motivo con entidad suficiente que empuja a escribir a una persona para ir en busca del otro, es innegable que la seducción que el emisor ejerza sobre el receptor del mensaje de la carta, se operará teniendo como vía conductora la soledad, o más bien, el deseo de salir de la misma. Es decir que la lucha contra la soledad es lo que desencadena el proceso de seducción del receptor, agradándole, conmoviéndole, transmitiéndole una información, etc.

Ahora bien, esto se realizará a todos los niveles o en todas las dimensiones que comporta la escritura de la carta, dimensiones de las que habla Jean Molino y en las que entran en juego factores de todo tipo, verbales, temáticos o semánticos, pragmáticos. Dichas dimensiones, utilizando la terminología de Molino, son

la “dimension poétique”, la “dimension esthétique”, y la “dimension matérielle” (MOLINO, 1993: 9). En primer lugar, las cartas son el resultado de un conjunto de estrategias de producción. De igual manera la función del destinatario es tan relevante en la interpretación del mensaje y en su construcción como lo es el mismo emisor, ya que aquél siempre estará presente en la mente de éste durante la elaboración de la carta y con él suscribirá una serie de pactos necesarios para su identificación en tanto autor real del mensaje y como garantes de veracidad de los contenidos. En último lugar la dimensión material de las cartas, asimismo, es un reflejo de todo lo anterior en tanto selección de determinadas marcas formales y de estructura textual. Vamos a mostrar en este estudio cómo Antoine de Saint-Exupéry ejerce esta seducción a través del aspecto temático, de capital importancia en sus cartas.

No podemos olvidar que estamos ante una práctica escrita que se caracteriza precisamente, como recuerda Kurt Spang por el hecho de que “cuando se emite el mensaje no está presente el receptor y cuando se recibe no lo está el emisor” (SPANG, 1993: 105). Luego las palabras adquirirán una importancia clave, ya que si son, como decía un autor clásico, “les traits de son *moi* pour les imprimer plus profondément dans l’âme de l’ami” (FUMAROLI, 1994: 77), comportan, en consecuencia, “un engagement personnel” (FUMAROLI, 1994: 24) que impulsa a las mismas “vers un dehors, dans son cheminement vers un autre” (KAUFMANN, 1990: 166). Por tanto las palabras son portadoras de un mensaje que el emisor quiere poner de relieve y es en el contenido precisamente en lo que el receptor va a concentrarse en gran medida. Es evidente que los temas en torno a los cuales puede girar una carta íntima son múltiples. Pero teniendo en cuenta que con la escritura el emisor puede seducir, o persuadir, y al mismo tiempo, ahuyentar la soledad, los temas que le afecten personalmente ocuparán el centro del mensaje porque, como explica Grassi, “Parler de soi relève d’une stratégie séductrice” (GRASSI, 1998: 41). En el caso que nos ocupa, el de las cartas de juventud de Saint-Exupéry, seducir a sus destinatarios hablando de sí mismo, le lleva a plantear el tema de la soledad una y otra vez. La soledad que experimenta quedará en evidencia permanentemente. No se trata tan sólo de un motivo retórico presente en la tradición literaria y que le sirve como pretexto para iniciar una correspondencia. Va más allá, la soledad es el motor de su escritura y al mismo tiempo las cartas constituyen un “auténtico *phármakon*, que se propone como remedio” contra ella (GABILONDO, 1997: 162). Los demás temas de sus cartas no pueden equipararse en importancia a éste, hasta el punto de que todo lo demás queda eclipsado ante la omnipresente soledad. No en vano Luc Estang, uno de los estudiosos de la obra de Saint-Exupéry, ha dicho que el mensaje que ha dejado éste “es el de la anti-soledad” (ESTANG, 1971: 124).

Precisamente lo primero que nos llama la atención es la soledad física, motivada por la ausencia y lejanía de los suyos, lo cual puede mover a la compasión de sus destinatarios (ya sean sus amigos o sus familiares) produciendo la tan

deseada respuesta de los suyos, que acalla de esta manera y hasta cierto punto su sentimiento de soledad interior. Así lo explica Arrou-Vignod:

Elles (las cartas) se forment dans l'éloignement, pâle substitut de l'absent, du bonheur de lui parler, de le toucher, de le voir. (...) La lettre est cette parole qui n'attend que la proximité de l'autre pour s'abolir, s'effacer dans le poignard miracle de la présence (ARROU-VIGNOD, 1993: 43)

En realidad la persuasión o seducción la realiza a través de dos movimientos complementarios que se llevan a cabo al unísono: uno interior o hacia dentro y otro exterior o hacia fuera. Por éste, trata de atraer la voz del otro, busca su presencia y a través del primero, la carta sería “una práctica ontológica que compromete estratos más profundos y oscuros del ser” (MATAMORO, 1980: 55); es decir, las cartas en su doble aspecto, son, como dice Pedro Salinas “actos del amor, actos del conocimiento” (SALINAS; GUILLÉN, 1992: 10). Es decir que el hecho de dar muestras de su soledad, de contar lo que le ocurre es el pretexto necesario para atraer, convencer y provocar una respuesta. De ahí que resulte necesario que manifieste este sentimiento que es una constante en sus cartas.

En primer lugar, el propio encabezamiento de las cartas es el testigo de la lejanía y ausencia de los suyos, punto de partida necesario para iniciar el acto de escritura epistolar. Así, escribe desde Le Mans, Friburgo o París, lugares muy alejados de la residencia familiar, en Saint-Maurice-des-Rémens (Ain). Poco a poco estos lugares se van a multiplicar debido a motivos de estudio, de trabajo y profesionales: Casablanca, Besançon, Montluçon, Toulouse, y un largo etcétera. Por otra parte no podemos olvidar las numerosas pruebas de la autorrepresentación epistolar que aluden al acto de la escritura de las cartas como un ejercicio de soledad o a su situación del momento sin la compañía de los suyos. Lo vemos en muchas ocasiones escribiendo desde un bar, en su habitación, esperando el momento de comenzar un vuelo, sentado en los hangares... y solo: “Rinette pardonnez le papier du minuscule café où j'écris”, le dice a su amiga Renée de Saussine (SAINT-EXUPÉRY, 1976: 31). También son dirigidas a ella las siguientes palabras:

Et cette fin d'après-midi où je restais en arrière de tout. Eusebio filait sur Fontainebleau, M... allait au cinéma, vous au concert. J'étais tout seul quai Malaquais près du téléphone qui était mort (SAINT-EXUPÉRY, 1976: 60)

A Henry de Ségogne:

(...) je vais m'en aller triste et seul sous la pluie (SAINT-EXUPÉRY, 1994, t. I: 825)²

2. Carta nº 1 a Henry de Ségogne.

Y a Charles Sallès le dirá:

Je dois faire pitié dans ma cage, mais pas un ami n'est là... (SAINT-EXUPÉRY, 1994, t. I: 849)³

O esto otro:

Je n'ai pas encore d'ami hors la patronne de l'hôtel, concierge de Montluçon. (SAINT-EXUPÉRY, 1994, t. I: 853)⁴

“Assis dans ma cellule monacale...”, es como se le presenta gráficamente al anterior (SAINT-EXUPÉRY, 1994, t. I: 857). Son ejemplos que hablan por sí mismos de su incontestable soledad física. En efecto, si mueve o incita a compasión es porque a través de ésta se nos revela algo de sí, hasta el punto de que las cartas como dijo José-Luis Díaz, “nous font entendre -mezza voce- le cri de l'âme” (DÍAZ, 1995: 6). Al realizar este primer movimiento interior, al tomar la iniciativa en la escritura, las cartas nos revelan retazos de la personalidad del autor, de Saint-Exupéry. El mismo hecho de querer salir de la soledad le lleva a mostrar lo más interior de sí, que no es sino las manifestaciones varias en que aparece ésta, bajo forma de melancolía y de nostalgia de los suyos, para de esta manera, atraerse su presencia, o con otras palabras, para hacerlos presentes en los momentos en que no está con ellos. No extraña, pues, que se dirija a su madre sucesivas veces en los siguientes términos, tratándose casi siempre de una expresión similar:

Maman chérie je voudrais bien vous revoir. (SAINT-EXUPÉRY, 1994, t. I: 33)

Ma chère maman, je voudrais bien vous revoir. (SAINT-EXUPÉRY, 1997: 34)

Pero incluso habiendo dejado atrás la etapa de la niñez, la nostalgia de su madre le hace escribir con más insistencia: “Si vous saviez comme vous me manquez”, le dice en junio de 1918, cuando está interno en el instituto Lakanal de París para preparar los exámenes de ingreso a la Universidad (SAINT-EXUPÉRY, 1997: 64).

C'est vrai que vous êtes la seule consolation quand on est triste. Quand j'étais gosse je revenais avec mon gros cartable sur le dos, en sanglotant d'avoir été puni, vous vous rappelez au Mans –et rien qu'en embrassant vous faisiez tout oublier. (...) On se sentait en sécurité dans votre maison, on était en sécurité dans votre maison, on n'était rien qu'à vous, c'était bon. (SAINT-EXUPÉRY, 1997: 143)

3. Carta nº 6 a Charles Sallès.

4. Carta nº 8 a Sallès.

Son palabras de una carta fechada en 1922, cuando Saint-Exupéry tenía 22 años. Pero a medida que pasa el tiempo, este sentimiento se incrementa y en una carta de 1927, haciendo referencia al lugar que constituía para él el punto de encuentro con su madre, dirá:

Je rêve à Saint-Maurice⁵ avec mélancolie. (SAINT-EXUPÉRY, 1997: 201)

Más tarde, desde Buenos Aires, le escribe unas palabras llenas de ternura y nostalgia:

Elle (ma tendresse) est bien grande et me coûte bien des mélancolies et je ne puis penser à mon coin de terre sans une grande faim d'être là-bas. Et sans serrer les poings parmi toutes ces foules en pensant à l'odeur des tilleuls de Saint-Maurice, à l'odeur des armoires, à votre voix, aux lampes à huile d'Agay. (SAINT-EXUPÉRY, 1997: 223)

Pero esa nostalgia no la manifiesta tan sólo con su madre, también con sus amigos. A uno de ellos, a Sallès, le dirige la siguiente exclamación:

N'as-tu pas le cafard? Ne regrettes-tu pas (...)? (...) Changeons de sujet; tout ça c'est trop triste! (SAINT-EXUPÉRY, 1994, t. I: 843)

Muy explícito resulta en las palabras que le dirige al mismo:

La vie est bien mélancolique (...) C'est un peu comme un chagrin d'amour (...) Je voudrais bien changer de bureau, de situation. (...) Je suis le type le plus découragé qui soit au monde. (SAINT-EXUPÉRY, 1994, t. I: 849)

En una carta un poco anterior, también a él, le confiesa:

Je suis revenu de mes errements passés, c'est-à-dire du noir cafard... (SAINT-EXUPÉRY, 1994, t. I: 848)

En definitiva, el sentimiento de soledad que experimenta le lleva a buscar en los destinatarios de sus cartas un refugio a tal sentimiento, porque como explica Jean-Claude Ibert, sólo “el amor y la amistad pueden liberar a los seres de su soledad” (IBERT, 1962: 85).

Desde esta perspectiva es mucho más fácil comprender el segundo movimiento con el que el autor intenta romper la soledad, el movimiento hacia el exterior. La forma más sencilla de hacerlo es la culminación del acto epistolar por parte del destinatario de cada una de las cartas. Ello consiste sencillamente en dar respuesta. Por eso Saint-Exupéry no sólo la reclama sino que incluso llega a exi-

5. Carta nº 10 a Sallès.

gírla a los más próximos debido, sobre todo, a los lazos que los unen, los de la amistad y el amor. Sin duda es lo que quiere expresarles a sus amigo Henry de Ségogne y Sallès:

Mais peut-être dans cette solitude tu as plus de prix que tu ne le crois.
(SAINT-EXUPÉRY, 1994, t. I: 835)

Qu'une lettre de toi me rappelle, au moins que, si j'ai paru les oublier, mes amis, plus fidèles ne m'oublent pas. (SAINT-EXUPÉRY, 1994, t. I: 848)

Las reacciones que produce en el autor la llegada de la tan ansiada respuesta son siempre de alegría inmensa y de satisfacción plena que ahogan por unos momentos su persistente soledad. Así, por ejemplo, en 1921, desde Casablanca, confiesa a su madre, con las siguientes palabras, su entusiasmo ante la llegada de varias cartas:

J'ai reçu de vous à la fois une lettre du 1er par la poste, une lettre du 7 par avion. Cela ne vous ennuerait-il pas trop de m'écrire toujours ainsi? (SAINT-EXUPÉRY, 1997: 121)

O la exclamación siguiente impregnada de un fino sentido del humor, que no puede ocultar su gozo:

J'ai reçu toutes sortes de trésors –lettres et lait- tout cela m'a éclairé le coeur. (SAINT-EXUPÉRY, 1997: 123)

Por el contrario, la ausencia o el retraso de la respuesta no sólo le producen inquietud sino incluso enfado. Con ellos quiere dejar constancia de la importancia que supone para él este pequeño trozo de papel, sin el cual se vuelve a sumergir en la melancolía y soledad. Por eso no es extraño que se lo reproche a los suyos. En la correspondencia mantenida con sus amigos, muchos testimonios lo confirman: “Tu ne m'abreuves pas de lettres!”, interpela a Ségogne en una carta fechada en 1927, escrita desde Dakar (SAINT-EXUPÉRY, 1994, t. I: 831)⁶. En este mismo sentido conviene recordar las frases del tipo “écris-moi” que aparecen una y otra vez en, prácticamente, todas sus cartas. Insisten en la misma idea y la corroboran de nuevo. Las quejas también se extienden, indudablemente, a su madre: “Voilà quinze jours que je n'ai pas une lettre de personne”, le dice en 1919 (SAINT-EXUPÉRY, 1997: 80). En términos parecidos se expresa en 1921, en una carta escrita desde Casablanca y que resulta muy esclarecedora de lo que estamos exponiendo:

6. Saint-Maurice es la casa donde vivió de niño y donde después solía pasar sus vacaciones de verano, rodeado de todos los suyos. Siempre conservará muy buenos recuerdos de esa casa.

Comment pouvez-vous me laisser si longtemps sans nouvelles, vous qui savez si bien quelle torture c'est. Je n'ai pas *une* lettre depuis quinze jours! (SAINT-EXUPÉRY, 1997: 130)

Es la propia amiga de Antoine, Renée de Saussine quien lo explica en el prólogo a *Lettres de jeunesse à l'amie inventée*:

Antoine désormais au loin, nous écrivions, nous, ses amis. J'écrivais. Mais pas assez. Pas assez vite. Ce fluide anti-solitude qu'il réclamait, il nous fallait comme aux guérisseurs le temps de le refaire. (SAINT-EXUPÉRY, 1976: 17-18)

A ella misma le interpela diciendo:

(...) je sais mal préciser ma grande rancune. Peut-être de vous trouver toujours si peu généreuse de vous-même. (SAINT-EXUPÉRY, 1976: 60)

Así pues, ya se trate de uno u otro movimiento, las cartas son la expresión manifiesta de la soledad del autor. Constituyen un "espacio privilegiado", donde el "yo-oquedad (...) sólo puede ser compensado por el otro" (PRADO BIEZMA; BRAVO CASTILLO; PICAZO, 1994: 263). Son la expresión más clara de la seducción o de la persuasión al tú.

En definitiva, en las cartas que Saint-Exupéry escribe durante su época de juventud, hay un hilo conductor que marca su composición. No es sino el sentimiento de soledad, una soledad física, que se pone de relieve ante la ausencia y lejanía de los suyos y que tendrá manifestaciones precisas como la melancolía o nostalgia. Dicha soledad, en cualquiera de sus manifestaciones, es el punto de partida que necesita para desencadenar el acto epistolar. La propia definición de la carta lo atestigua, se trata de escritos realizados *in absentia*, es decir que ni el emisor está presente en la recepción ni el receptor en la emisión de la misma. Pero la realidad de una carta va más allá. La soledad no juega tan sólo un papel inicial en la composición epistolar, sino que está presente en el momento de elaboración y de recepción. En efecto, es el deseo de salir de ella lo que impulsa a Saint-Exupéry a la redacción incesante de cartas. Ahora bien, como éste es el motor de cada una de ellas, va a desarrollar una estrategia de persuasión que consiste en atraerse el favor de los demás, y mucho más que ello, su presencia. Es la finalidad primera de las cartas. Por eso, a través de éstas "llama hacia aquí, hacia la presencia, y hacia allá, en la ausencia; una presencia resguardada en la ausencia" (GABILONDO, 1997: 73). Para mover a compasión, para que el acto epistolar se cumpla en su totalidad, es preciso que hable de sus sentimientos, que se dé a sí mismo en las cartas para poder, de esta manera, reclamar la respuesta. Sólo así, retomando las palabras de Gabilondo, las cartas se convierten en "auténtico *phármakon*" contra la soledad (GABILONDO, 1997: 162).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ÁLVAREZ, M. (1997): *Tipos de escrito III: Epistolar, administrativo y jurídico*. Madrid: Arco/Libros, S.L.
- ARROU-VIGNOD, J.-P. (1993): *Le discours des absents*. París: Gallimard.
- DÍAZ, J.-L. (1995): “J’ai toujours aimé les correspondances”. *Romantisme. Revue du XIXe siècle*, 40, 4-7.
- ESTANG, L. (1971): *Saint-Exupéry, visto por sí mismo* (Trad. Pilar Martín de Rosales). Madrid: Emesa.
- FUMAROLI, M. (1994): *La diplomatie de l’esprit*. París: Hermann, éditeurs des sciences et des arts.
- GABILONDO, A. (1997): *Trazos del eros. Del leer, hablar y escribir*. Madrid: Tecnos.
- GRASSI, M.-C. (1998): *Lire l’épistolaire*. París: DUNOD.
- IBERT, J.-C. (1962): *Saint-Exupéry con la carta al General X* (Trad. Juan Bris). Barcelona: Fontanella S. A.
- KAUFMANN, V. (1990): *L’Équivoque épistolaire*. París: Les éditions de Minuit.
- MARCHESE, A.; FORRADELLAS, J. (1997): *Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria*. Barcelona: Ariel.
- MATAMORO, B. (1980): *Saber y literatura*. Madrid: Ediciones de la Torre.
- MOLINO, J. (1993): “Les genres littéraires”. *Poétique* XXIV, 3-28.
- PRADO BIEZMA, J.; BRAVO CASTILLO, J.; PICAZO, M. D. (1994): *Autobiografía y Modernidad literaria*. Cuenca: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha.
- SAINT-EXUPÉRY, A. (1976): *Lettres de jeunesse à l’amie inventée*. París: Gallimard.
- SAINT-EXUPÉRY, A. (1994): *Oeuvres Complètes*, T. I. París: Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade.
- SAINT-EXUPÉRY, A. (1997): *Lettres à sa mère*. París: Gallimard.
- SALINAS, P.; GUILLÉN, J. (1992): *Correspondencia (1923-1951)*. Barcelona: Tusquets.
- SPANG, K. (1993): *Géneros literarios*. Madrid: Síntesis.
- TRAPIELLO, A. (1998): *El escritor de diarios*. Barcelona: Ediciones Península.